

MARK LANEGAN



SING BACKWARDS AND WEEP

MEMORIES

CANTAR HACIA ATRÁS
Y LLORAR

CONTRA

Traducción de Elvira Asensi

Sing Backwards and Weep: A Memoir

© 2020, Mark Lanegan

Esta edición ha sido publicada según acuerdo con Hachette Books, un sello de Perseus Books, LLC, una subsidiaria de Hachette Book Group, Inc., Nueva York, EE. UU. Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Emma Camacho, a partir del diseño de cubierta original de Alex Camlin

Composición digital: Pablo Barrio

Primera edición: Octubre de 2022

Primera edición digital: Octubre de 2022

© 2022, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2022, Elvira Asensi, de la traducción

© Anna Hrnjak, del retrato del autor de la cubierta

ISBN: 978-84-18282-85-0

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para Tony
Y todos mis demás amigos ausentes

Fix
It's true
It keeps raining baby
So crystalline in my head
Gonna watch from the balcony
Sing backwards and weep.¹

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. LA INFANCIA DE UN YONQUI
2. EL FRÁGIL REINO
3. SEDUCIDO, JODIDO
4. SI VUELVES A EMPEZAR, SERÁ COMO SI NUNCA LO HUBIERAS DEJADO
5. MEATLOAF
6. DAGAS DIMINUTAS
7. DESPEDIDO, VUELTO A CONTRATAR Y MIL TIPOS DE MIEDO
8. BONITO ATUENDO
9. SÍ, ¿ES LA POLICÍA!
10. HOUSE OF PAIN
11. BEBER AGUA CON SANGRE
12. COLOCADO Y AGOTADO
13. DISFRUTANDO DEL IDIOTA
14. NO ESTÁ MAL, JOVENCITO
15. LLÉVAME AL RÍO
16. JEFFREY LEE PIERCE
17. ¿HAS LLAMADO AL PORTERO NOCTURNO?
18. ES GENIAL, ¿NO LO OYES?
19. *SPANKING THE MONKEY*
20. NIÑO PARÁSITO
21. DÍAS LÚGUBRES

- 22. LA JUNGLA DE LOS HORRORES**
- 23. QUE TE FOLLE UN BURRO**
- 24. VOLVER A PINCHARME**
- 25. NOCHE DE FIESTA CON JERRY**
- 26. TEMPORADAS DE LOCURA**
- 27. MISS AUSTRALIA 1971**
- 28. LA PUTA VENGANZA**
- 29. LA LOTERÍA**
- 30. LUCKY**
- 31. ¿ES ESTO EL AMOR?**
- 32. REUNIÓN FAMILIAR**
- 33. HE FUMADO HIERBA/SEROPOSITIVO**
- 34. ORO POR BASURA**
- 35. UNA PESADA LÁGRIMA**
- 36. DE WU TANG A WAYLON**
- 37. JUEGOS MORTALES SECRETOS**
- 38. ¡NOS VEMOS EN MIAMI, COLEGA!**
- 39. AUSENCIA Y ADVERSIDADES**
- 40. LA GÉLIDA CASA DE LA RISA EUROPEA**
- 41. LA FIEBRE DEL ALGODÓN**
- 42. ÚLTIMOS PELDAÑOS**
- 43. TORMENTAS PSÍQUICAS, EPIFANÍA Y RENACER**

EPÍLOGO: EL LOBO VESTIDO DE SEAL

AGRADECIMIENTOS

POSFACIO EN HOMENAJE A MARK LANEGAN

PRÓLOGO

—LA POLICÍA.

Al principio no capté la advertencia, tenía la mente fija en el chute que remataba mi rutina matutina, el alivio para lo que en aquel momento era solo un dolor leve y punzante.

—La policía —volvió a susurrar el taxista africano con un marcado acento mientras gesticulaba poniendo los ojos en blanco y encorvando los hombros para mirar por el espejo retrovisor, donde, efectivamente, los tres jóvenes de la furgoneta que teníamos detrás parecían policías de incógnito, deseosos de meterle una paliza a alguien. Tal vez a mí.

Simon San Luis, mi compañero de drogas, un travesti de casi un metro noventa y cinco, y yo acabábamos de pillar una bolsa de caballo y otra de coca, que yo me había metido de forma un tanto descuidada en el bolsillo desabrochado de la camisa. Llevaba un paquete de jeringuillas nuevas en el bolsillo delantero de mis pantalones ajustados, ya que hoy no contaba con toparme con las autoridades. Ahora me sentía totalmente expuesto.

Tras recorrer diez manzanas a través del barrio de Capitol Hill de Seattle, era obvio que nos estaban siguiendo. Cuando el coche se detuvo justo al final de la

calle de mi edificio, me bajé y empecé a caminar por la acera, intentando actuar con la mayor naturalidad posible. Simon salió por el otro lado y, enfundado en una falda vaquera de lo más vulgar y unos zapatos de cuña que le hacían aún más alto, comenzó a atravesar el solar de gravilla que había entre los edificios, donde por el rabillo del ojo vi que dos tipos lo tiraban al suelo... No pintaba nada bien la cosa. Ya casi había llegado a la esquina cuando de repente un policía joven y bajito, que iba con vaqueros y camiseta de tirantes, saltó delante de mí, me plantó una placa en la cara y me dijo:

—¡Espera un segundo, colega! ¿Adónde vas tan rápido?

Levanté las manos automáticamente y puse mi mejor cara impostada de perplejidad, en plan «¿de qué va esto?».

—Me voy a casa. —Señalé sin más hacia el edificio de mi apartamento.

—¿Esto qué es? —me preguntó, extendiendo la mano para palpar las drogas a través de la fina tela de mi camisa.

—¿Pero de qué coño vas, tío? ¡Que vivo aquí! ¿Qué quieres? —le espeté a gritos mientras me alejaba de él con indignación impostada. Hice un cálculo mental rápido de lo mal que me pondría en el trullo antes de salir bajo fianza, ya que esa mañana aún no me había chutado. Al final de la calle, podía ver a Simon y al taxista sentados en la acera esposados, con los pies en la alcantarilla, y que habían sacado todo el asiento trasero del taxi.

—Vale, tío, enséñame el DNI.

Mentalmente, visualicé mi pasaporte en mi apartamento en la mesita de centro, recubierto de pipas de crack, con una montaña de jeringuillas usadas justo al lado. Esa opción quedaba descartada.

—No lo llevo encima. Me llamo Mark Lanegan.

El policía entrecerró los ojos, me miró con detenimiento y luego dijo:

—¿Tú no eras cantante?

Después de acompañarme calle abajo hasta la furgoneta de vigilancia, sacó una fotito en blanco y negro de la guantera: un tipo al que buscaban por robar un coche y con quien yo guardaba cierto parecido. Me hizo firmarla con un bolígrafo y luego nos dejó irnos.

LA INFANCIA DE UN YONQUI

NACÍ POR CESÁREA EN NOVIEMBRE DE 1964, CON EL CORDÓN umbilical enrollado alrededor del cuello y crecí en el lado equivocado de la cordillera de las Cascadas, en la pequeña localidad de Ellensburg, en el lado este del estado de Washington. Mi familia procedía de una larga estirpe de mineros de carbón, leñadores, contrabandistas, granjeros de Dakota del Sur, delincuentes, presidiarios y paletos de lo más bruto e ignorante que uno pueda imaginar. Venían de Irlanda, Escocia y otras partes del Reino Unido. Mi abuela materna había nacido en Gales de padres galeses. Los nombres de mis padres, tíos, tías y abuelos procedían directamente de los Apalaches, de los desiertos del este de Washington y de todos los parques de caravanas chabacanos que existen entre ambos. Nombres como: Marshall y Floyd, mis abuelos; Ella y Emma, mis abuelas; Roy, Marvin y Virgil, mis tíos; Margie, Donna y Laverne, mis tías; Dale, mi padre; Floy, mi madre. A mi hermana mayor le pusieron Trina. Yo fui el único que se salvó y no acabó con un nombre pueblerino, sino con uno típico de la clase media, un nombre que odiaba, pero por el que di

gracias a Dios cuando me enteré de que mi madre tenía la intención de llamarme Lance. Lance Lanegan. No se me ocurría nada más ridículo ni humillante y le estaba agradecido a mi padre por no haberlo permitido. Después de eso, lo de llamarme Mark tenía un pase, pero siempre preferí que me llamaran simplemente por mi apellido, Lanegan. Si me presentaba a un desconocido, siempre utilizaba mi segundo nombre, William. Sin embargo, como si fuera por telepatía, así era como se refería a mí la mayoría de mis profesores, entrenadores y conocidos: Lanegan.

Tanto mi padre como mi madre procedían de entornos de extrema pobreza y crueles carencias. Sus vidas se vieron transformadas por la tragedia en su juventud. En ambos casos, fueron los primeros miembros de sus familias numerosas en ir a la universidad. Los dos acabaron ejerciendo de maestros. La escuela era algo que no podía soportar.

Enjaulado tras un pupitre, nunca intenté prestar atención a lo que se me enseñaba. A menudo me abstraía en fantasías sobre mi primer amor: el béisbol. Después de clase, me pasaba horas jugando un partido tras otro en un campo improvisado en el terreno de un vecino hasta que se hacía muy tarde y ya no se veía nada. Al final, acababa volviendo lentamente a casa, donde me caía el inevitable aluvión de exabruptos por parte de mi madre. El principal foco de su ira (aunque sus ataques tenían multiplicidad de ángulos brutales) era el hecho de que yo nunca estuviera

en casa, cuando ella era justamente la razón por la que me iba. Para evitar las palizas mentales tan corrosivas que nos propinaba, tanto mi hermana mayor, Trina, como yo, buscábamos cualquier excusa para estar en otro sitio. Desde mis primeros recuerdos, Trina y yo también íbamos a degüello. El hecho de que mi padre casi nunca estuviera en casa significaba que yo estaba a merced de ambas mujeres en todo momento. Lo único que parecía producirle placer a mi madre era intimidarme y ridiculizarme, a mí y a cualquier cosa por la que mostrara interés. Una de sus frases favoritas, que soltaba cuando me abofeteaba la cara, era «¡Tú no eres hijo mío!». Cómo me hubiera gustado que aquello fuera cierto. Cuando tenía seis años, había presenciado el asesinato de su padre en el jardín delantero de la residencia familiar, luego se había criado en campamentos de leñadores exclusivamente masculinos donde su madre trabajaba de cocinera, y se había convertido en una adulta tóxica. «Una buena pieza», como diría mi padre.

Al separarse mis padres, opté gustosamente por quedarme con mi padre. A pesar de que siempre había desprendido una profunda y discreta tristeza, era un hombre bondadoso y de gran corazón que tenía buenas intenciones. Pero desde mi tierna juventud, fue incapaz de controlarme.

Me dedicaba a ir a Vail's, la tienda de ultramarinos que había frente a mi escuela, a robar chocalinas Snickers, Three Musketeers, Milky Way y Almond Joy, y se las vendía

a mis compañeros con descuento. Me obsesioné con jugar a Quarters, un juego en el que los participantes lanzaban monedas contra la pared. El que consiguiera que cayera más cerca ganaba todo el dinero. Pasaba cada minuto libre que tenía reuniendo a niños para jugar y me cabreaba cuando sonaba el timbre para volver a clase. El padre de un buen amigo se dedicaba a la venta de objetos destinados al juego y recorría los bares y las tabernas de todo el estado vendiendo *punchboards*¹ y otras amenidades para que los borrachos se dejaran los cuartos. Un fin de semana, me quedé en casa de mi amigo mientras sus padres estaban fuera.

«Oye, Matt, vamos a entrar ahí a ver las cosas de tu padre.»

No hizo falta nada más. Subimos por una ventana al granero donde su padre guardaba la mercancía. Cogí unos cuantos *punchboards* de los que tenía allí almacenados y me los llevé a casa. Incluso entonces, ya me asaltaba una tendencia diabólica obsesiva, y cada vez que veía una oportunidad de superarme, me embargaba por completo. Con todo el tiempo del mundo a mi disposición, me puse manos a la obra. Durante los siguientes días, me dediqué a abrir minuciosamente los tableros con un destornillador de punta plana, con mucho cuidado de no dejar marcas de desperfectos que resultaran evidentes. Luego pasaba horas desenrollando cuidadosamente los trocitos de papel diminutos que había dentro, retiraba los que contenían números ganadores de veinte, cincuenta y cien dólares, y

volvía a colocar en su sitio los números ganadores de un dólar, de dos y de cinco, y los que no llevaban premio. Luego volvía a pegar con cuidado las dos mitades del tablero. Mi trabajo era tan impecable que no se notaba que se había hecho nada. Llevaba los tableros de una clase a otra en la bolsa de gimnasia durante todo el día y se los vendía a los niños a un dólar el intento. Por supuesto que nadie ganaba nunca los premios gordos, puesto que había quitado previamente todos esos papelitos, para regocijo de mi amigo Matt.

Mi obsesión por timar estaba omnipresente cada día, en cada acción, en cada pensamiento. Era lo primero en lo que pensaba al despertarme y lo último antes de ir a dormir. Me convirtió en una figura impopular entre algunos de los demás estudiantes, que se sentían abrumados por mi agresividad y mi predisposición a quedarme con su dinero. Nunca importaba lo mucho o lo poco que ganara. Lo único que me daba vidilla era inventarme formas de conseguir pasta, y el hecho de conseguirlo. La cosa iría a peor.

Cuando iba al instituto, empecé a robar unas pocas latas de cerveza de la reserva interminable de mi viejo y comencé a llevarlas a la escuela de extranjis en la bolsa de gimnasia. También era carpintero y había construido una barra de bar de tamaño convencional y una habitación para jugar a las cartas con sus colegas en el sótano, junto a mi habitación. Las había construido con madera vieja que había conseguido gratis cuando se encargó de la demolición de los graneros de la zona. Me bebía las

cervezas robadas entre clase y clase en un armario del conserje que no se utilizaba o en el recreo detrás de unos arbustos altos que había en el recinto escolar. Empecé a fumar hierba, siendo uno de los tres únicos chavales de secundaria que lo hacía en mi pequeña localidad rural. Me convertí en un ladrón de poca monta. En cada hora de clase, pedía ir al baño y luego atravesaba rápidamente nuestra pequeña escuela hasta llegar a los vestuarios del gimnasio. Rebuscaba en los bolsillos de los pantalones de los niños que no guardaban sus cosas bajo llave. Cogía todo lo que pillaba: monedas, billetes, lo que hubiera. El único momento del día en que no robaba era durante mi propia clase de gimnasia. Nunca me pillaron.

Mi padre no invirtió mucho tiempo en intentar educarme. Debido a su propio e ingente horario de consumo de alcohol y al interés que siempre cultivó por pasarse toda la noche jugando a las cartas con los colegas y por ir detrás de las mujeres, no tardó en tirar la toalla a la hora de intentar imponer cualquier tipo de control, lo cual me permitía, para mi satisfacción, vagar asilvestrado por las calles. Después de los desagradables años vividos bajo el yugo de mi madre, amaba a mi padre por esa nueva libertad para explorar mis obsesiones del momento, mis fascinaciones desbocadas y mis incipientes fetiches perversos. Me sentía el niño más afortunado que conocía: sin reglas, sin hora de volver a casa, sin nada. A los doce años ya era un jugador compulsivo, un alcohólico en ciernes, un ladrón y un adicto al porno. Mi colección de

revistas porno era impresionante. La mayor parte de ella la había encontrado pasando horas hurgando en los contenedores de basura que había cerca de las casas de estudiantes en el campus universitario. Me costó encontrar un lugar para ocultarla en la gran casa de dos alturas que compartía con mi padre y un par de perros.

Esconder cualquier cosa que quisiera mantener en secreto se había convertido en una necesidad cuando mis padres aún estaban juntos. Cuando tenía nueve años, mi madre descubrió una caja de preservativos sin usar que había sacado de un cubo de basura y perdió los estribos. Poco antes de que mis padres se separaran, mi madre encontró una pipa de marihuana en mi habitación e insistió en que fuera al psicólogo. Mi padre me dijo: «Creo que es tu madre, no tú, la que necesita asesoramiento». Sin embargo, lo único que mi padre no toleraba era que su hijo de trece años fumara marihuana. A veces escondía la hierba y los cacharros para fumar —pipas de agua, papeles y demás— en la caseta del perro, debajo del garaje. Varias veces descubrí que mis cosas no habían desaparecido, sino que las habían destruido, ya fuera pisoteadas por una bota o destrozadas con un martillo. Capté el mensaje y me espabilé para encontrar nuevos escondites.

Mi padre creía que las palabras se demostraban con hechos. Seguramente, podría contar con los dedos de una mano y media todas las conversaciones de gran importancia que mantuvimos. Una noche, me emplazó a que subiera al piso de arriba.

—Mark, sube, que tenemos que hablar.

Me imaginé que la poli habría venido a buscarme una vez más, le habrían contado lo que pensaban que había hecho y le habrían dado un plazo para llevarme a comisaría.

—Ya voy, papá. ¿Qué pasa?

—A ver —dijo—, soy profesor y mis clases están llenas de chavales que no tienen ni la mitad de oportunidades ni de habilidades ni de motivación que tú. Cada año llegan uno o dos alumnos nuevos y me asalta una sensación abrumadora de que un día acabarán en la cárcel del condado, en prisión o bajo tierra de manera prematura. Te sorprendería saber cuántas veces esa sensación se hace realidad.

»Hijo, tengo esta misma sensación al verte avanzar en esta vida... como te da la gana. Te crees que las reglas que se nos aplican al resto de la gente no se te aplican a ti. Estoy hablando contigo esta noche porque he llegado a la conclusión de que, aunque ya has aprendido unas cuantas lecciones difíciles, quedan muchas más por llegar. Vas a tener que aprenderlas de una manera muy dura y dolorosa. Eres igualito que tu tío Virgil. Su vida estuvo plagada de dolor, caos y problemas desde el día en que nació hasta el día en que murió.

Mi tío Virgil había muerto de alcoholismo terminal en una residencia de ancianos a los cuarenta y tres años. Había pasado años cruzando el país de punta a punta, haciendo autostop en cientos de trenes; era un auténtico vagabundo. Cuando estudiaba en la universidad, mi padre había tenido que cargar con la tarea de viajar por todo el noroeste para

pagar las fianzas de mi tío. Había tenido que sacar a Virgil del trullo tan a menudo que obviamente había quedado un tanto resentido. Virgil siguió viajando por las vías del tren hasta que una noche que iba borracho se cayó debajo de uno y le cercenó las dos piernas. Mi padre me contó que estaba en el hospital en la habitación de su hermano cuando Virgil volvió en sí y se dio cuenta de que se había quedado sin piernas.

—¿Qué dijo? —le pregunté.

—Bueno, no le hizo ni puta gracia —respondió mi padre con su típica parquedad.

Mientras limpiábamos la casa de mi abuela después de su muerte para poder proceder a su demolición, mi padre y yo habíamos encontrado una caja de zapatos llena de postales que Virgil había escrito desde todos los rincones de Estados Unidos. Todas empezaban igual, diciendo desde dónde escribía, luego el tipo de trabajo de poca monta que tenía. Cada una acababa exactamente igual. Todas ellas enviadas a su madre.

—Mark —dijo mi padre—, pareces incapaz de cambiar. Te niegas a ser educable.

Educable era una de sus palabras preferidas. Hice un esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—Así que te sugiero que empieces ahora mismo a curtirte, y con eso quiero decir que espabiles. No me refiero a pelear, que eso ya lo haces bastante y ya estoy cansado de pagarte las fracturas de las manos.

Parecía que cada vez que me metía en un altercado, me rompía un nudillo.

—Necesitas curtir la mente y el cuerpo. Por el camino que vas, hijo mío, necesitarás cada gramo de tu fuerza y todo el ingenio del que dispongas para lograr sobrevivir. No sé por qué, pero has salido así de fábrica. Igual que Virgil, me cago en la hostia —dijo, negando con la cabeza.

Era cierto. De todo el mundo que conocía, aparentemente yo era el imán de bazofia humana más extraño jamás fabricado. Las peleas habían sido una constante en mi vida desde la escuela primaria hasta el instituto. A los catorce años, un hombre adulto me había metido un puñetazo en la cara a la salida de una pequeña taberna en los alrededores de un parque de caravanas después de pedirle que comprara cerveza para mí y mis colegas. Incluso llevaba de por vida un pequeño punto negro en la cara, una suerte de tatuaje, que era donde un niño me había clavado un día un lápiz al intentar sacarme un ojo.

Sin embargo, al recordar, cuando era muy niño, estar sentado en el suelo cerca de donde Virgil se sentaba en su silla de ruedas con una manta en el regazo, me pareció todo lo contrario a la imagen de persona problemática y taciturna que mi padre me había pintado de él.

Cuando le golpeaba la prótesis estética hueca que llevaba bajo los pantalones, echaba la cabeza hacia atrás y se partía de risa. Su pelo negro azabache engominado me recordaba a Elvis Presley.

Un día vi una foto —que curiosamente me resultó cautivadora— de un hombre luciendo el torso desnudo en la portada de la revista *Creem* en Ace Books and Records, la única tienda de cómics y discos de Ellensburg. Le pregunté al dueño, Tim Nelson, de quién se trataba.

—Ese, amigo mío, es Iggy Pop.

En el municipio ganadero en el que vivía, aislado a nivel cultural, lo único que ponían en la emisora de radio local era música country. Nadie en Ellensburg sabía siquiera quién era Jimi Hendrix, que había nacido en Seattle, a solo ciento sesenta kilómetros de distancia. Tim me puso algunos de los primeros singles de punk rock y me atraparon al instante, con la fuerza de un huracán. «Anarchy in the U.K.» de los Sex Pistols fue la revelación que cambió mi vida de manera instantánea y para siempre. Quedé hipnotizado por aquella música agresiva y furiosa. De pequeño tenía un disco de Alice Cooper y lo escuchaba obsesivamente, pero esto era algo exótico, algo que sintonizaba conmigo de una manera que era incapaz de verbalizar. Lo único que tenía claro era que necesitaba más.

En un par de días, ya había cambiado todos los cómics que había coleccionado de niño por discos: los Sex Pistols, los Damned, los Stranglers; y los Ramones, Iggy, David Bowie, los New York Dolls y The Velvet Underground. Era un verdadero milagro que aquellos discos pudieran hallarse allí, pero Tim Nelson era un tipo con pinta de hippie que tenía un amplio gusto musical y que sentía curiosidad por

las cosas nuevas y distintas. Di gracias a Dios por haberlos encontrado y me dedique a escuchar aquellos discos en soledad durante años.

Los frecuentes encontronazos con las fuerzas del orden no contribuyeron gran cosa a mejorar mi opinión sobre las figuras de autoridad. A los quince años, me llevaron a comisaría y me interrogaron acerca del robo de unos equipos de música para coches que se había producido en un concesionario. Cuando me negué a dar el nombre del tipo que sabía que era el responsable, el mismísimo comisario Kuchin se personó en la sala y me dejaron a solas con él.

Fabian Kuchin era un personaje con fama de duro. Hacía años que se encargaba de imponer el cumplimiento de la ley de forma brutal. Llevaba el brazo escayolado como consecuencia de algún arresto brusco o pelea de bar.

—Chaval, te lo voy a preguntar una vez más. ¿Quién ha birlado estos equipos de música?

—No lo sé.

En el instante en que esas palabras salieron de mi boca, me golpeó en la cabeza con la escayola del brazo roto y me tiró de la silla al suelo.

—Quizá la próxima vez que te pida algo te lo pienses un poco más.

No sería la última vez que los policías me dieran una paliza en Ellensburg. Unos años más tarde, cuando me marchaba de una fiesta de celebración del 4 de julio, unos

agentes me frieron a porrazos en las pelotas y en la nuca y me pusieron bocabajo en el asfalto.

Kuchin fue detenido algunos años después por vender cincuenta gramos de cocaína a unos agentes federales encubiertos. Le cayó una mísera multa de 25.000 dólares y un año en régimen de semilibertad, un magnífico ejemplo de la corrupción endémica patente en las fuerzas del orden de mi ciudad, que siempre me la habían tenido jurada. En cualquier caso, me alegré de la noticia de la detención de Kuchin. Siempre le había deseado lo peor.

EN EL INSTITUTO JUGABA al béisbol, que me encantaba, y al fútbol americano, que detestaba. Yo era uno de los dos *quarterbacks* de nuestro equipo, y éramos malísimos. Claro que yo era capaz de lanzar y el otro *quarterback*, de correr, pero aquello no equivalía a una combinación ganadora. Nuestro *tight end* era un gigante, que ya medía dos metros a los dieciséis años; un jugador fuerte, rápido y potente, pero con las manos de mantequilla. Cada vez que me echaba hacia atrás para hacer un pase en los pocos segundos que tenía antes de ser aplastado por la defensa contraria, él era el único objetivo que tenía a la vista. Daba igual cuántas veces le lanzara el balón, siempre le rebotaba risiblemente en las manos, en el casco, en la barra del casco o en el torso. Acabó teniendo una exitosa carrera en la NFL durante una década, pero como liniero. Era una bestia que solo servía para bloquear sin tener que tocar el balón nunca. Al acabar la mayoría de los partidos, salíamos cojeando del campo, derrotados, enfundados en el uniforme

negro y azul, arrastrándonos al vestuario con la ayuda de las manos, que era para lo único que servían.

Y yo era el que no encajaba. A pesar de jugar en una posición que supuestamente era de liderazgo, la mayoría de mis compañeros me trataban con un desprecio apenas disimulado. Era incapaz de entender lo mucho que les preocupaban sus promedios de notas, sus novias animadoras y sus funciones escolares. Me reía para mis adentros cuando veía lo mucho que se esforzaban conjuntamente por hacer trampas en las tareas escolares. A mí me la soplaba todo, hasta hacer trampas. Nunca hice ni una sola tarea en todo el tiempo que estuve en el instituto. Me importaba una mierda si suspendía o si, por ironías del destino, aprobaba cualquiera de mis asignaturas. Por eso, me trataban con una mezcla de curiosidad, antipatía y miedo. Yo iba a mi bola y no me dejaba torear, lo que llevó a algunos de los supuestos tipos duros a intentar buscarme las cosquillas.

En un viaje en autobús de vuelta a casa tras otra derrota, alguien me pidió que le dejara oír lo que estaba escuchando en el walkman. Se fueron pasando de unos a otros mi lista de reproducción de punk rock diplomáticamente para que todos los miembros del equipo pudieran participar en mi escarnio. Nunca olvidaré cómo se reían y me miraban como si estuviera loco. Un *running back*, uno de los tíos más populares del equipo, me lanzó un cubito de hielo a la cabeza para divertir a sus amigos. Me rompí la mano al darle de puñetazos en la parte trasera del autobús y luego

me pasé el resto de la temporada jugando yo mismo de *running back*, con la mano que usaba para lanzar enyesada y envuelta en varias capas de gomaespuma y cinta adhesiva.

Fuera de temporada, era un alcohólico empedernido. Todos los días, al volver a casa del colegio, me bajaba del autobús cuando aún estaba en la ciudad, pasaba por un supermercado y robaba una botella de medio litro de MD 20/20, un vino fortificado más conocido como Mad Dog. Me metía la botella plana por la parte delantera del pantalón, salía por la puerta como si nada y subía calle arriba hasta el parque para bebérmela. Luego volvía y me llevaba otra. Parecía que aquellas botellas planas estuvieran diseñadas para facilitar el hurto del vinacho.

Después de haberme trincado dos botellas, pasaba por el campus universitario a birlar una bicicleta y entonces me dedicaba a dar un paseo horroroso bajo los efectos del alcohol, a menudo interrumpido por alguna que otra caída, que acababa al llegar a un canal que atravesaba los campos a unos ochocientos metros de mi casa. Allí arrojaba la bicicleta al agua, cruzaba el puente y recorría a pie el resto del camino hasta llegar a casa. Esta práctica duró un par de años.

Mi padre fue detenido por conducir ebrio y le quitaron el permiso de conducir coincidiendo con cuando aprobé el examen de conducir, y mientras el resto de gente de mi edad se sacaba el carnet y tenía coche, yo tuve que esperar a que mi padre estuviera dentro de la legalidad y le

hubieran rehabilitado el seguro del coche para poder hacerme con los míos. Pasó seis fines de semana en la cárcel y pagó una multa considerable. Me ponía de muy mala hostia que seis meses después de aprobar el examen siguiera sin poder conducir legalmente. Después de esperar lo que me pareció una eternidad, obtuve mi permiso de conducir casi a los diecisiete años. Un día a última hora de la tarde, llevé a una chica a dar un paseo con el coche por el camino de tierra adyacente al canal para tomarnos unas birras y, con un poco de suerte, follar. En un momento dado, se bajó del coche para ir a orinar en los arbustos. Al volver, vibraba de excitación.

—¡Mark, tienes que venir a ver esto!

Me llevó hasta el canal, ahora seco, que estaba repleto de los esqueletos oxidados y cubiertos de juncos de setenta bicicletas o más. Noté en la nuca el rubor propio del sentimiento de culpa del ladrón.

—Qué raro —dije, y luego me la llevé de vuelta al coche. Ahí yacía toda mi mierda secreta. De ninguna manera iba a renunciar, ni entonces ni nunca, a nada de todo aquello.

En el verano de mi tercer año de instituto, por fin me decidí a mandar a tomar por culo el fútbol americano. El único amigo que tenía en el equipo, una especie de hermano mayor, un tipo duro, astuto y espabilado llamado Dean «Zeek» Duzenski, se había graduado el año anterior. Había sido mi compañero de copas, mi consejero y, en algunas ocasiones en las que lo necesité, mi protector. Un día, al ir a prepararme para el entrenamiento, me encontré

con el casco chorreando de refresco. El «bromista» había sido el liniero más grande y pesado de nuestro equipo, un negro descomunal que pesaba más de ciento treinta kilos llamado Waddell Snyder. Yo era a menudo la diana de sus bromas y maltratos, y rara vez dejaba pasar la oportunidad de meterse conmigo. Aquel día, después del entrenamiento, el equipo al completo observó boquiabierto cómo Zeek dedicaba diez largos minutos a propinarle la paliza más demoledora, intensa y calculada que jamás había presenciado a aquel pedazo de abusón tan lento, desgraciado y bocazas. Conectó puñetazo tras puñetazo en la cara de aquel grandullón hasta dejarla casi irreconocible. Ni que decir tiene que Del Snyder no volvió a dirigirme la palabra. También estaba completamente fuera de onda con mis otros compañeros de equipo y sus preocupaciones juveniles, y odiaba a nuestro primer entrenador desde el principio. La forma que tenía de darme órdenes como si fuera un soldado raso en un campamento de entrenamiento nunca me había hecho ninguna gracia.

Cuando me negué a presentarme el primer día de los entrenamientos de verano de la que habría sido mi última temporada, nuestro entrenador decidió personarse en mi casa. Al no lograr convencerme para que volviera al equipo, se cabreó, me señaló con el dedo en el pecho en mi jardín y me dijo que era un «derrotista» y un «fracasado». Mi padre, que también era profesor en mi instituto, acabó por salir de casa.

—Oye, entrenador —dijo con indiferencia—, ¿por qué no te vas de mi propiedad de una puta vez antes de que llame a la policía?

Me reí a carcajadas. Aunque una de cada dos palabras que pronunciaba mi padre eran «joder» o «gilipollez», en mi vida le había oído decir «puta». El hecho de que se lo hubiera reservado a mi entrenador, su compañero de trabajo, me produjo una alegría inconmensurable.

UNA NOCHE, DESPUÉS DE HABER ESTADO BEBIENDO en casa durante horas con un amigo, le convencí para que lleváramos a cabo una idea turbia que me tenía obsesionado y llevaba años rondándome la cabeza. Nos adentramos en el campo en el *jeep* de mi amigo hasta que encontramos la furgoneta que pertenecía a mi agente de libertad condicional, a la que no soportaba. Estaba aparcada en un campo que se usaba para almacenar heno para el ganado de su marido; era un vehículo utilitario para recorrer las hectáreas de propiedad que poseían. Mientras mi colega robaba piezas del motor y herramientas, yo me ocupaba de destruir la furgoneta a mazazos. De camino a casa, el equipo de música del coche que había entre los dos asientos delanteros empezó a hacer un cortocircuito; cuando ambos nos agachamos para conseguir que volviera a funcionar, mi amigo, que iba borracho, apartó la vista de la carretera y nos mandó directos a la zanja profunda que había junto al arcén.

Salí despedido del *jeep*, lanzado violentamente por el asfalto. Fui a apartarme el pelo de la cara y se me quedó

todo en la mano. Me había arrancado media cabellera y tenía el costado de la cabeza malherido. A mi amigo, que iba al volante, el impacto le arrancó el pulgar.

Caminamos casi un kilómetro y medio hasta la granja más cercana, con mi amigo sujetando el pulgar en su sitio, gimiendo de agonía y con la sangre saliendo a borbotones del agujero que tenía en la mano. Eran las cuatro de la madrugada cuando aporreamos la puerta para pedir ayuda. Nos recibió el dueño de la casa apuntándonos a la cara con una escopeta. Mientras esperábamos a la ambulancia en la cocina, me quedé mirando el enorme charco de sangre que se formaba en el suelo antiguo de linóleo. Un policía me leyó mis derechos en la cama del hospital.

Cuando mi caso llegó a juicio, se tuvieron en cuenta mis delitos anteriores: vandalismo, asalto de vehículos, múltiples cargos de vertido ilegal de basura, violación de la propiedad, veintiséis multas por consumo de alcohol por parte de menores, hurto de alcohol en tiendas, posesión de marihuana, robo de bicicletas, robo de herramientas, robo de piezas de coches, robo de piezas de motocicletas, orinar en público, robo de barriles y grifos de cerveza, fraude al seguro, robo de equipos de música de coches, embriaguez en público, allanamiento de morada, posesión de bienes robados y, en mi segunda detención por orinar en público, un cargo por alteración del orden público. Me condenaron únicamente por los cargos de vandalismo, robo y consumo de alcohol por parte de menores, pero, teniendo en cuenta mi largo historial de antecedentes como menor, me

sentenciaron a dieciocho meses de cárcel. Cumpliría mi condena en Shelton, la prisión de seguridad media del estado de Washington. Cuando estaba de pie en la sala del juzgado para escuchar la sentencia, el juez repasó mis antecedentes penales y luego se dirigió a mí directamente.

—¿Alguien ha tratado de buscarte ayuda para el problema que tienes, chaval?

No dije nada.

—Al echar un vistazo a este expediente, es más que evidente que eres un alcohólico y un drogadicto. Cada uno de estos cargos está relacionado con las drogas y el alcohol.

Seguí sin decir nada.

—Señora fiscal, me resulta un tanto difícil de entender su voluntad de enviar a la cárcel a un chico de dieciocho años que aún va al instituto. Me sorprende que no se le haya ocurrido ayudarle.

»Sr. Lanegan, le estoy dando una oportunidad única en la vida. Le recomiendo encarecidamente que haga examen de conciencia y un ejercicio de autorreflexión. Voy a suspender esta sentencia a condición de que siga un tratamiento ambulatorio de desintoxicación durante un año. También se le ordena por la presente tomar dosis pautadas y supervisadas del fármaco Antabus. Si no cumple estos requisitos a rajatabla, no tendré ningún reparo en enviarle un año y medio a Shelton.

Salí de allí aturdido. Sabía que el juez me había hecho un gran favor, pero mi mayor preocupación era cómo iba a

poder beber mientras tomaba un fármaco cuya única finalidad era que te sintieras morir si bebías. De niño, en pleno invierno en un parque local, había visto a un nativo americano beber alcohol después de haberlo tomado. Se había puesto malísimo, tumbado bocarriba en una mesa de picnic gimiendo de dolor. Sabía que no debía tentar a la suerte, y por eso no debía beber alcohol durante el año de sobriedad que me había impuesto el tribunal.

Pero en 1982 a nadie en mi programa le hacían análisis de orina. Yo seguía vendiendo y consumiendo hierba y tripi a diario. Casi todos los días, antes de ir a clase, me comía un trocito de tripi, me fumaba un par de canutos y me subía a la camioneta para ir al instituto. Cuatro noches por semana iba a mi programa. Muchas veces, en el grupo, cuando el consejero recorría la sala preguntándonos a todos: «¿Estás limpio y sobrio hoy?», yo iba colocado o de tripi.

A las dos semanas de empezar mi última temporada de béisbol, ya estaba teniendo mi mejor año, con diferencia. Aunque todavía estábamos a principios de la temporada, ya tenía un promedio de bateo de 0,700, y a veces lanzaba en cuarta o quinta posición —dependiendo del rival—, los dos lugares prominentes en el orden de bateo. Lanzar se había vuelto algo prácticamente tirado. Si íbamos ganando, me ponían como cerrador en el último par de *innings*. Al lanzar por lo menos el doble de fuerte que nuestro *pitcher* titular, eliminaba a un bateador tras otro, o los golpeaba